



Vigésimo aniversario de la AOCR

Alexander Skutch: pensador de la vida

Roy H. May
Asociación Ornitológica de Costa Rica (AOCR)
royhmay@gmail.com

Resumen

Alexander Skutch vivió 70 años en América Central y Costa Rica y contribuyó importantes conocimientos a la botánica, la ornitología y la filosofía. Sus historias de vida de las aves Neotropicales son modelos de investigación de campo. Sus reflexiones sobre el significado de la vida son aportes a filosofía de la biología. Su legado ofrece elementos para enfrentar la crisis ambiental actual.

Palabras claves: aves, armonización, biocompatibilidad, ahimsa, depredación, anillamiento, redes de niebla

Abstract

Alexander Skutch lived 70 years in Central America and Costa Rica and contributed important knowledge of botany, ornithology, and philosophy. His life histories of Neotropical birds are models for field research. His reflections about the significance of life are contributions to the philosophy of biology. His legacy offers elements to confront the environmental crisis.

Key words: birds, harmonization, biocompatibility, ahimsa, predation, banding, mist nets



Introducción

El camino ha sido largo y tortuoso; algunas veces he vacilado; pero siempre me ha atraído la llamada de un ave, demasiado imperativa para resistirla. Desde las sombreadas profundidades boscosas de las tierras bajas; desde la ribera de los prístinos torrentes montañosos; desde el frío, húmedo y ventoso altiplano; desde las abruptas laderas de las cimas nevadas ecuatoriales, he escuchado las llamadas de las aves tropicales. Sus sonidos tienen mil tonos diferentes: áspero y suave, sordo y agudo. Por seguirlos he sabido del hambre, la fatiga y la soledad, de la enfermedad y el tormento de innumerables insectos, y ocasionalmente un frío sentimiento de abandono. No obstante, me han recompensado con extraordinaria belleza, gran deleite y el gozo incomparable del descubrimiento. Ya fuera que los siguiera con ansiedad, o algunas veces vacilante, siempre esas llamadas fueron irresistibles. Alexander F. Skutch (*The Imperative Call*, 317)

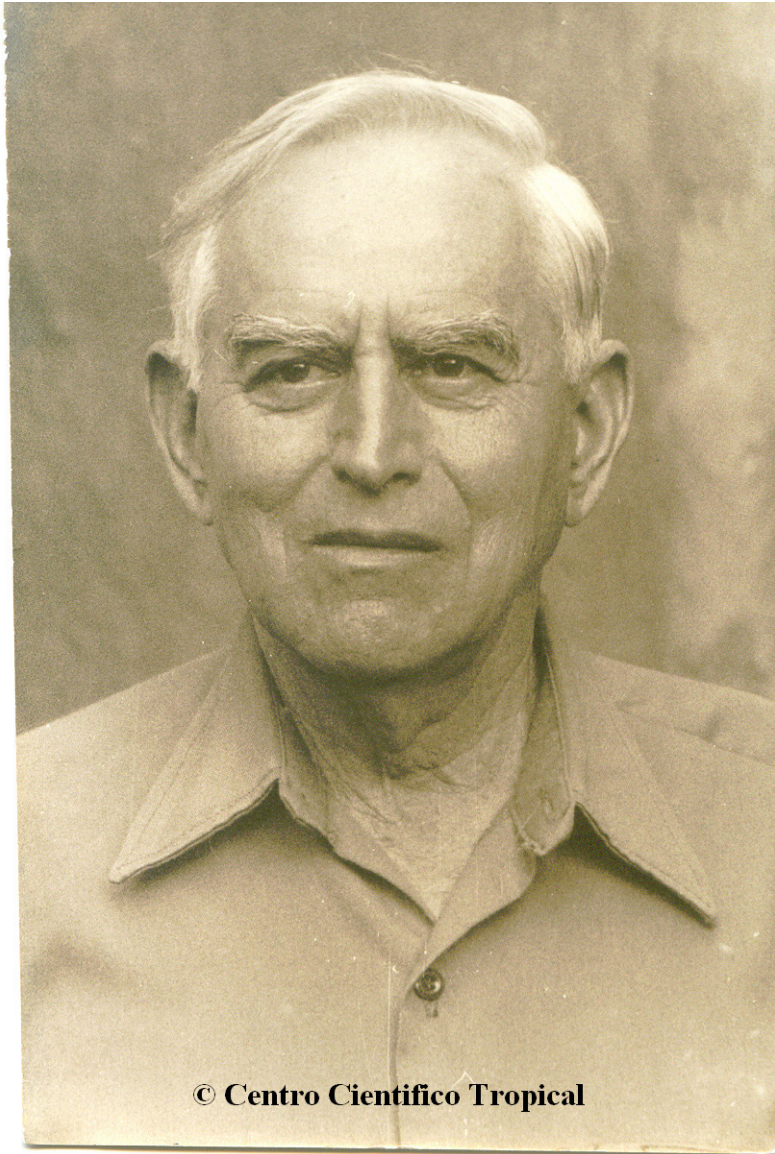
Por cerca de 80 años, Alexander F. Skutch – de origen estadounidense – se dedicó a estudiar y conocer las aves Neotropicales y, en especial, las de Costa Rica, donde residió durante 65 años. Doctorado en botánica, “se convirtió” a la ornitología cuando conoció una pequeña *Amazilia tzacatl* que construía su nido y cuidaba a sus pichones. Desde entonces, incorporó la

observación de pájaros a sus labores botánicas. Escribió más de 40 libros y 260 artículos sobre historias de la vida de las aves, sus nidos, hábitos y costumbres; además de reflexiones filosóficas sobre el propósito de la vida, la naturaleza y el significado moral de las aves. Desde 1941, vivía en su finca “Los Cusingos”, cerca de San Isidro de El General, donde murió a los cien años, en 2004. Era relacionado con el Centro Científico Tropical (CCT) durante más de 40 años. También, era uno de los fundadores de la Asociación Ornitológica de Costa Rica (AOOCR). Fue nombrado “presidente honorario” y lo sigue siendo hoy “*In memoriam*.”

¿Quién era este hombre extraordinario y qué importancia tiene su pensamiento para nosotros y nosotras hoy?

Su vida

Skutch nació en 1904 en Baltimore, Maryland, Estados Unidos, de una pareja de clase media. Su madre era enfermera y su padre contador con algunos negocios propios. Cuando todavía era muy pequeño, la familia se trasladó a una pequeña finca en una aldea rural cerca de Baltimore, ciudad donde trabajaban su padre y su madre. Allí Alexander conoció el campo pero también el fracaso de los negocios de su papá—quien era más generoso que prudente, según don Alexander – y se vio forzado a vender la finca y reubicar a la familia más cerca de la ciudad, en un barrio residencial.





El traslado forzoso afectó mucho al pequeño Alexander. No solamente limitó su disfrute del campo, sino lo convenció de vivir frugalmente para jamás contraer deudas. “De esta manera muy pronto experimenté las duras consecuencias de la insolvencia, una herida que nunca he olvidado, y ahora sé que es preferible negarme todo excepto las cosas esenciales antes que incurrir en deudas” (Skutch 1992, 8). Desde entonces, resolvió vivir en una forma autosuficiente. Pero, a pesar de todo, todavía tenía oportunidades de caminar por el campo, pues su nueva casa no estaba lejos del área rural y quedaba muy cercana a “una gran extensión de un antiguo bosque secundario, por el cual corría un riachuelo de aguas claras”. Fue allí donde don Alexander “podía sentarse en absoluta soledad” y contemplar “las asombrosas maravillas de la vida”(Skutch 1992, 10).

Durante esta parte de su adolescencia se convirtió al vegetarianismo porque no quería dañar, mucho menos matar, animales. “Entre otras cosas, después de leer los poemas y ensayos de Shelley, yo no podía seguir comiendo la carne de animales masacrados, un rechazo que me llevó a un conflicto con mi padre y la familia de mi tío, el doctor, quien predijo, falsamente, que mi salud sufriría por una dieta deficiente” (Skutch 1992, 10). Esta costumbre la mantuvo a lo largo de su vida.

A la edad de 17 años (1922), se matriculó en la Universidad de Johns Hopkins, en la misma

ciudad de Baltimore. Aunque en el colegio tuvo poca formación en las ciencias, le interesó mucho la botánica. Su insistencia en tomar el curso causó una dificultad administrativa porque no había cursado los requisitos curriculares. No obstante, se le permitió tomar el curso de botánica, con la tutoría especial del profesor Duncan S. Johnson. Ese profesor se convirtió en una persona clave para la formación académica y orientación profesional de don Alexander. En muchos sentidos fue su mentor. En varios de sus escritos, lo menciona con gratitud.

Durante sus estudios de grado, conoció la ornitología cuando colaboró como asistente de una estación de anillamiento de aves. Pero no fue una experiencia grata y le dejó una actitud negativa hacia el anillamiento. “El anillamiento ha brindado mucha y muy valiosa información sobre las migraciones, la longevidad y las relaciones sociales de las aves; pero en los últimos años me escalofraba el hecho de someterlas al terror de estar cautivas y a la indignidad de ser manipuladas” (Skutch 1992, 11). Skutch mantuvo esta política durante toda su vida como ornitólogo profesional.

Durante el período de vacaciones de verano, conoció la costa Atlántica del estado de Maine en el extremo noreste de los Estados Unidos. El Dr. Johnson lo incorporó a un proyecto de investigación sobre la ecología de la costa rocosa. Su investigación se especializó en algas marinas y anfípodos, especialmente las

anémonas de mar. Además, le interesó el pájaro arao aliblanco (*Cepphus grylle*), familia de las alcas, que anidaba en grandes bandadas en los precipicios rocosos. En el interior de la costa conoció los pantanos turbulentos. Entre otras cosas, estudió la sucesión de plantas en áreas quemadas. Hasta entonces no había pensado en el trópico.

El Dr. Johnson insistía en que sus estudiantes de post grado, como don Alexander que ya estaba en el programa doctoral de botánica, tuvieran una experiencia en el trópico. En 1926, entonces, fue a Jamaica para investigar la hoja del banano, apoyado por la United Fruit Company. Los cuatro meses de investigación le produjeron información suficiente para su tesis doctoral. También le despertaron un interés enorme en el trópico, aunque, como él mismo decía: “En este viaje, yo estaba más interesado en plantas que en pájaros” (Skutch 1992, 44). Al poco tiempo, cambiaría.

Luego de un par de años, nuevamente tuvo la oportunidad de irse al trópico, esta vez a Almirante, Panamá (vía Limón, Costa Rica). Nuevamente tuvo un contrato con la United Fruit Company para investigar el banano. Durante el año de su estadía en la estación experimental, quedó sumamente impresionado por la exuberante naturaleza, pero en especial por las aves. “Hasta antes de ir a Panamá, las aves tenían para mí solamente un interés secundario; pero, desde la laguna de Changuinola, ellas

llamaron mi atención tan poderosamente que pronto se convirtieron en mi supremo interés” (Skutch 1992, 78).

Lo afectó sobre todo un colibrí. “Fue una ‘Amazilia’, una colibrí vivaz, verde brillante Amazilia rabirruja, quien más me ayudó a realizar mi anhelo de penetrar profundamente en la vida de los animales libres. A ella le tengo una incalculable deuda de gratitud” (Skutch 1992, 78). Este colibrí construyó su nido directamente frente a la ventana del laboratorio donde don Alexander estaba examinando la hoja del banano. Desde allí pudo observar todos los procesos y problemas de la anidación. Relata cómo la *Amazilia* perdió pichones por la depredación de las hormigas, y cómo él mismo tuvo que intervenir para salvar la nidada de otra *Amazilia* que anidó en la misma rama cuando ésta se quebró. Cómo él mismo construyó un nuevo nido de papel y cómo lo protegió cuando fue afectado por el ardiente sol y luego durante una tormenta de lluvia extremadamente fuerte. Observó otros nidos de especies diferentes, algunos de los cuales sufrieron la depredación de las hormigas. A don Alexander, todo lo afectaba profundamente y se identificó emocionalmente con las aves. Tanto fue así que cuando llegó un aguilillo negro (*Spizaetus tyrannus*), intentó infructuosamente dispararle y luego le pidió a un peón que lo matara. Claro que le intranquilizó su conciencia pues, obviamente, representaba una contradicción a



su ética de respeto a todas las formas de vida. Años después se esforzó por justificarse:

Sin duda los conservacionistas, que a menudo parecen tener más sentimientos de simpatía por el fiero depredador que por las dulces criaturas que son sus presas, me condenarían por tratar de dispararle al halcón y luego permitir que [el peón] lo matara. Otros dirán que fui desleal a la antigua ética india *ahimsa* o el incapaz universal de hacer daño, que yo apruebo y he tratado de seguir por mucho tiempo de manera decidida, aunque titubeante. Pero en este planeta en el que la sobreabundancia de vida inevitablemente resulta en un conflicto multilateral y en la expansión de la destrucción de seres vivos, a menudo es difícil, aun para los más compasivos de los hombres, decidir qué curso tomar. El monje indiferente o asceta itinerante, que vive de limosnas sin problemas económicos y que centra sus pensamientos en las cosas ultramundanas, puede pasar en medio de los conflictos de la naturaleza sin llegar a involucrarse en ellos. El dueño o agricultor que tiene propiedades o cultivos que proteger se puede ver arruinado si deja de combatir las criaturas que amenazan con destruirlas. El naturalista o amante de la naturaleza que se vuelve extremadamente fanático de los animales en libertad a veces enfrenta dilemas desconcertantes. Alguien

que anima a los pájaros u otros animales a frecuentar su jardín y les provee comida o abrigo parece estar moralmente obligado a protegerlos, inclusive a cambio de tomar severas medidas contra los enemigos de esos animales. Alguien que viva en medio de una medianamente armoniosa asociación con aves –como yo lo hice en la estación experimental-- no debe soportar el trastorno de su concordia por la llegada de un invasor. Con las hormigas, serpientes y otros saqueadores de nidos, los pájaros alrededor de la casa tenían indescritibles dificultades para cuidar y criar a su familia; muchos de ellos intentaban hacerlo y sucumbían en el intento. Como un extraño que llegó a perturbar una sociedad tranquila, el halcón fue sacado con los únicos medios a nuestro alcance. Aunque en ese entonces yo no había pensado larga y profundamente en tales problemas como lo he hecho posteriormente, creo que en circunstancias similares yo volvería a tomar la misma decisión (Skutch 1992, 88-89).

Así fue como en Almirante se convirtió a la ornitología: “Sucedió entonces que, cuando salí de Almirante para irme hacia el norte en junio, yo estaba convencido de que estudiando las aves podría satisfacer mejor mi creciente curiosidad en cuanto a la vida, especialmente la vida psíquica, de los otros animales de sangre caliente exceptuando al hombre (sic); y así me convertí en un estudioso de las aves” (Skutch 1992, 92).

Don Alexander regresó a los Estados Unidos durante unos meses y aun viajó a Inglaterra y Alemania, pero era América Central lo que le interesaba. Nuevamente arregló un contrato con la United Fruit Company, y en 1930 se trasladó a Honduras, donde se quedó algo más de un año trabajando en la estación experimental en Lancetilla, cerca de Tela en la costa Caribeña.

En Honduras tuvo su primera experiencia profunda del bosque primario Neotropical, sus animales y aves; experiencia que no solamente afectó su ciencia sino que también fue objeto de reflexión filosófica.

Yo continué adelante hacia el bosque espeso ... Al pie de la cuesta llegué a un riachuelo ... me senté sobre una roca musgosa, junto al arroyo montaños, de agua cristalina, para esperar el retorno de las oropéndolas. Uno siente el encanto de un lugar como éste antes de que pueda decir en qué consiste. Los elementos que hacen maravilloso cualquier lugar del bosque, a lo cual el espíritu reacciona instantáneamente, son tan diversos que es imposible para la mente consciente poder atraparlos en un instante. Debemos descansar largamente en un lugar como ése y estar quietamente receptivos, antes de que todos los detalles del cuadro, con sus variantes luces y sombras, se impriman por sí mismos en la consciencia, de manera que podamos retenerlos para

ser capaces de reproducir en alguna hora futura la escena que nos encantó. El que camina de prisa por el bosque no lo sabe; debemos sentarnos, recostarnos y dormir en el sitio antes de que se nos haga familiar. Aunque esto es verdad para la zona de bosques con una temperatura moderada, donde deambulamos cuando niños, esto se aplica con mucha más fuerza a los bosques tropicales lluviosos, con su vida infinitamente más variada (Skutch 1992, 121).

“Conocer” el bosque, los animales y especialmente las aves, es una clave que caracterizó los intereses y las preocupaciones de Alexander Skutch. Significó, para él, la capacidad de penetrar lo evidente superficial y descubrir el secreto interior donde reside lo que es verdaderamente real. Para don Alexander, el bosque no es sólo bosque, un animal no es sólo un animal y un ave no es únicamente un pájaro. Siempre es algo más, profundo, no evidente a primera vista. Conocer ese “algo más” fue lo que don Alexander persiguió toda su vida.

Realizó muchas caminatas al bosque e hizo estudios sobre momotos, oropéndolas, colibríes, atrapamoscas, mirlos, trogones, tucanes y tucancillos, martines pescadores, pauraques y anises. Todos le fascinaban y contribuían a la formación de su consciencia ética. Resolvió capturar dos pichones del momoto o guardabarranco para estudiarlos en



cautiverio. Los puso en una jaula, “Pero cuando los contemplé por la malla metálica de una jaula, pájaros que hasta ahora solamente había conocido salvajes y libres, me sentí atribulado y pensé que había hecho una acción indigna. Los dejé libres, sin estudiarlos”. Y concluyó: “Lo que yo posiblemente había perdido en conocimiento lo gané en felicidad y en la aprobación de mi consciencia – y eso lo valoro muchísimo más” (Skutch 1992, 108-109). Siempre subordinó la investigación científica a sus preocupaciones morales. Afirmó: “La ciencia puede enseñarnos métodos, pero tenemos que buscar, más allá de la ciencia, las actitudes que nos guíen en el uso de ellos” (Skutch 2001, 375).

En Honduras también enfrentó la tentación de matar un pájaro, pero, a diferencia de Panamá, decidió no hacerlo:

Seguimos la cima hasta donde ésta caía abruptamente dividida en tres lados; entonces volvimos sobre nuestros pasos y continuamos hacia arriba, a lo largo del sendero. Y no habíamos ido muy lejos cuando me detuve para mirar un pájaro carpintero, desconocido para mí, haciendo su trabajo arriba en un tronco. Mi acompañante, que me había estado guiando, se detuvo unos pocos pasos adelante de mí y en seguida señaló hacia las ramas de un árbol bajo. Yo miré en la dirección que él me indicaba pero al principio no vi nada más que lo ordinario; entonces me hizo mirar en la dirección que

señalaba su arma que había levantado y que apuntaba a un tipo de tucán –*pico navajo*, según dijo—nuevo para mí, posado tan silenciosamente que yo no había podido notarlo. Su plumaje era abundante y bello sin ser en lo mínimo llamativo... Cuando yo me quedé deleitándome en este pájaro que no conocía, el hombre a mi lado me preguntó calladamente, “¿Lo quiere?” y yo escuché el chasquido de un cartucho presionado en el cañón de su escopeta. El nombre *Selenidera* destelló en mi mente, pero yo no conocía este pájaro. Tal vez el espléndido tucán delante de mí era desconocido también para la ciencia y yo podría agregar un maravilloso nuevo pájaro a la conocida avifauna de Centro América; posiblemente inclusive sería denominada por mí –y era un blanco seguro. Por un momento, los impulsos del coleccionista contendieron en mi mente con aquellos de quien se deleita en criaturas libres por su propio bien. Mientras yo titubeaba, el cazador fijó su dedo en el gatillo y la vida del pájaro colgaba de la balanza. Pero triunfó el sentimiento más generoso, apenas a tiempo para salvar a la maravillosa criatura. “No le dispare”, le dije, y el hombre bajó su arma...Fuera ya conocido o no para la ciencia, para mí, por lo menos, este tucán era una nueva especie, y no deseaba que el recuerdo placentero de mi primer encuentro con él se diluyera con los años desfigurado por una horrible mancha de sangre...

Después de encontrar una fruta que trató insistentemente de comérsela pero que le resultó imposible, mi primer tucancillo orejiamarillo la botó y voló por el bosque (Skutch 1992, 103).

Cuando terminó su contrato en Honduras, pasó unos meses en los Estados Unidos. Seguía sus estudios botánicos pero ahora estaba convencido de que no quería proseguir la investigación científica en un laboratorio. Cuando terminó una beca para la investigación, acompañó a un amigo centenares de kilómetros flotando en canoa por el río Ohio. Luego pudo regresar a América Central, esta vez a Guatemala donde antes había estado brevemente.

Fue primero al valle del Motagua, árido y seco, en la parte occidental del país, pero después de unas semanas se trasladó a las montañas de la Sierra de Tecpán, donde pasó un año. Dejó Guatemala en 1934 con la idea de establecerse en Costa Rica, pero no pudo. Desanimado, determinó volver a los Estados Unidos. Un encuentro fortuito en el barco de regreso con el supervisor del Arnold Arboretum de la Universidad de Harvard, le resultó en un contrato para coleccionar plantas en América Central. Ya don Alexander tenía un ingreso y pudo volver a Guatemala, esta vez a Quetzaltenango, Huehuetenango y el Quiché. Durante los dos años de su estadía, la hermosura del paisaje lo impresionó especialmente.

En 1935, decidió visitar nuevamente Barro Colorado en Panamá, donde había estado brevemente en otras ocasiones. Allí conoció al famoso ornitólogo Frank Chapman, curador de aves del Museo Americano de Historia Natural en Nueva York, y desarrolló una amistad con él. Caminaron juntos durante cinco meses. De Barro Colorado volvió a Guatemala. Quiso quedarse en el país, pero, molesto por el trato de algunos oficiales de inmigración, salió para Costa Rica. Fue a San Isidro de El General – accesible solamente vía carreta o por avión – donde pudo alquilar una choza rústica en Rivas. Allí, además de coleccionar especímenes de plantas – trabajo que hizo toda su vida para sostenerse – estudió las aves y, especialmente, la anidación. Entre 1937-38, pasó a Vara Blanca para conocer al quetzal. Después de una breve visita a Estados Unidos, en 1939 asumió la administración del herbario del Museo Nacional de Costa Rica, pero se sentía muy encerrado y quería estar libre en el campo.

Se me hacía difícil quedarme entre las gruesas paredes del viejo museo en San José... A pesar de todos mis esfuerzos, no podía encarcelar mis pensamientos dentro de esas gruesas paredes de barro amasado, entre las muestras del herbario... La llamada de aquellos cerros verdes era demasiado fuerte como para resistirla... ¿No sería mejor recolectar, ahora que había buen tiempo, muestras de la flora de algún rincón



todavía inexplorado entre los cerros?... El comprensivo director del museo fácilmente estuvo de acuerdo con este razonamiento ¡Era libre para irse a los cerros! (Skutch 2001, 150).

Después de varios meses de trabajo de campo, regresó al museo. No obstante, poco después renunció para poder ir a Colombia, Perú y Ecuador en 1940, contratado por el gobierno de Estados Unidos, para estudiar la factibilidad de producir árboles de hule. Cuando terminó el contrato, ahora con casi 40 años, pensó que era necesario tomar alguna decisión sobre su futuro.

Había pasado una docena de años trasladándome de un lugar a otro en la América tropical y sentía la necesidad de un lugar más permanente, donde pudiera establecer una biblioteca, guardar con más seguridad mi montón creciente de apuntes, prepararlos para su publicación y, al mismo tiempo, proseguir mis estudios sobre la naturaleza tropical. A mi regreso por mar a Costa Rica, en febrero de 1941, comencé a buscar un sitio para mi casa, y abrí así una nueva época de mi vida (Skutch 2001, 169).

Volvió al Valle de El General y comenzó a buscar una finca. Cerca de El Quizarrá, encontró un terreno. “Este – pensé – es el sitio perfecto para el hogar que soñaba: un amplio panorama, un río claro, una extensa floresta, un potrero

para mi caballo y espacios fértiles para sembrar. Aquí, de poder comprar el terreno, terminaría mi vida errática y permanecería durante algún tiempo” (Skutch 2001, 178). Pudo comprar unas 53 hectáreas de terreno quebrado, la mayor parte deforestada, pero junto al río Peñas Blancas y todavía con alguna selva. Tiempo después compró una finca contigua que tenía mucho más bosque.

Ahora, por fin, un poco de esta querida selva era de mi propiedad. La tomé cariñosamente bajo mi protección, con todos sus monos, venaditos, pizotes y guatusas; papagayos, tucanes, trogones, tinamúes, hormigueros y saltarines; sus incontables palmas, lianas, helechos arborescentes, aroideas y orquídeas; sus brillantes mariposas, libélulas, chicharras y zompopas... Pero quería hacer algo más que aprender hechos acerca de los seres que aquí me rodeaban: deseaba vivir en armonía con ellos... Anhelaba intensamente vivir en paz con todas las criaturas, sin destruir ningún ser vivo. Bien sabía que la realización perfecta de ese ideal no es compatible con la preservación de la vida de animales cuyas necesidades son tan grandes y variadas como las nuestras; sin embargo, no tenía dudas de que, al no escatimar esfuerzos, yo podría llegar mucho más cerca de la realización de ese ideal de lo que es frecuente entre la gente, y deseaba ver hasta dónde podría

llegar. Cualquier cosa que lograra en ese empeño me complacería mucho. Y mientras hacía ese esfuerzo, deseaba algo aún más difícil: penetrar lo más profundamente que pudiera en las causas escondidas de ese fenómeno múltiple llamado vida; entender su significado en todo el vasto drama de la evolución cósmica. Esperaba tener tiempo en mi nuevo hogar para madurar mis pensamientos acerca de esos problemas tan difíciles (Skutch 2001, 181).

Durante los siguientes 60 años, junto con su esposa Pamela Lankester, con quien contrajo matrimonio en 1950, pudo “madurar sus pensamientos”, dejándonos una riqueza de conocimientos ornitológicos y filosóficos. Construyó su casa de bajareque, y, para las aves, creó jardines con árboles frutales y ornamentales, además con muchas flores. Practicó métodos agroecológicos, vivía una vida frugal y, hasta el mediados de los 1990, sin electricidad. Así convirtió su finca, que llamaba “Los Cusingos”, nombre local del tucancillo piquianaranjado (*Pteroglossus frantzii*), en modelo de armonía ecológica. Hoy la finca pertenece al Centro Científico Tropical (CCT) y está designada como Refugio de Aves Alexander Skutch Los Cusingos, abierto al público y dedicado a mantener vivo el legado de don Alexander. Tanto don Alexander como doña Pamela siguen presentes en esa finca que amaban tanto, pues los dos están enterrados en esa misma tierra.

Ornitólogo

Alexander Skutch el científico, es reconocido acertadamente como ornitólogo, a pesar de que su formación académica fue como botánico. En verdad, después de sus años de investigación para su doctorado y luego de su trabajo investigativo en Almirante y Lancetilla para la United Fruit Company, hizo poco trabajo científico botánico. Es decir, abandonó el laboratorio, no hizo investigaciones en el campo, y tampoco experimentaba con el cultivo y cruce genético de plantas. Ninguno de sus libros trata específicamente de plantas, aunque muchos contienen descripciones vívidas de ellas y contienen observaciones botánicas importantes. De sus artículos científicos, solamente 32 tienen que ver con botánica, la mitad escritos antes de 1934. Después de 1953, solamente cuatro tienen que ver con plantas. Se limitó a recolectar especímenes botánicos para museos y laboratorios y en esta forma aseguró el ingreso económico necesario para sostener su vida.

Pero como ornitólogo es todo lo contrario. Es cierto que tampoco trabajaba en el laboratorio, pero hacía centenares de investigaciones de campo, conocimiento que plasmó en 21 libros y más de 60 artículos científicos, además de varias publicaciones ornitológicas populares.

Sin duda su mayor logro son los tres volúmenes de historias de la vida de las aves Centroamericanas, trabajo sin paralelo actual.



Además, produjo conocimientos importantes sobre la vida cotidiana de las aves migratorias durante la estancia de estas aves en América Central, la reproducción y anidación, la dispersión de semillas por parte de las aves, cómo duermen y la inteligencia que poseen (Sánchez y Chaves 2011, 37).

Entre sus aportes más destacados está su descubrimiento de las razones que explican las diferencias de tamaño de las nidadas entre las aves Neotropicales y las de la zona norte y el comportamiento cooperativo entre la avifauna. Destacó la depredación y la pequeña diferencia entre las estaciones en el Neotrópico húmedo en contraste con Norteamérica, como factores que explican la diferencia de tamaño de las nidadas:

El esfuerzo reproductivo moderado de las aves Neotropicales se ajusta a la baja mortalidad anual en un clima que no fuerza a las aves a enfrentar una estación de escasez y “stress”, a no ser que participen en migraciones riesgosas. Más aún, la gran incidencia de depredación en los nidos hace ventajoso limitar el gasto de energía en una nidada, de manera que si falla, aún quedarán con fuerzas suficientes para intentarlo nuevamente. Asimismo, cuánto más pequeña sea la nidada, menor será la cantidad de visitas para alimentación que podría revelar la posición del nido a los depredadores (Skutch 1985, 575).

Entre las varias especies Neotropicales, encontré más de 20 que se ayudan mutuamente en la anidación y el cuidado de los pichones. Generalmente los ayudantes están emparentados pero no son reproductores. Especies, como la monja frentiblanca (*Monasa morphoeus*), comparten las tareas de la construcción del nido y la alimentación de los pichones, y en el caso de los tijos (*Crotophaga sulcirostris*), “todos los cooperadores incuban estos huevos por turno, y todos alimentan y cobijan a los pichones, pero sólo un macho cuida el nido cada noche” (Skutch 2001, 419). Don Alexander nota que tal ayuda no es necesaria porque los padres son capaces de mantener el nido por sí solos. Más bien, concluye que “[s]u cooperación voluntaria resulta de los lazos estrechos que vinculan a las familias después de que los jóvenes son capaces de mantenerse a sí mismos” (Skutch 2001, 419).

Don Alexander se concentraba en las historias de la vida de las aves con base en la cuidadosa y rigurosa observación en el campo. Podía pasar largas horas y muchos días observando un nido desde un pequeño escondite. Tomaba copiosos y meticulosos apuntes, ricos en detalles, siempre en contextos naturales.

Antes del amanecer, ya estaba en camino hacia los bosques, con mi desayuno de tortillas, huevos duros y naranjas, y una cantimplora llena de agua en mi mochila, y, frecuentemente, también mi almuerzo,

porque a menudo yo pasaba todo el día afuera. Por la tarde, acostumbraba observar algunos pájaros mientras se retiraban para la noche, porque estaba ansioso de aprender cómo los habitantes emplumados de estas alturas [de Tecpán] se protegían del frío nocturnal. Después de cenar, trabajaba en mis notas hasta que ya no podía escribir más, y entonces me iba a la cama con el despertador puesto a las 4.30 o 5.00 de la mañana (Skutch 1992, 224).

Aun se negó a usar redes para la niebla porque no quería asustar al pájaro y ofender su dignidad. Bajo ninguna circunstancia estuvo dispuesto a matar un ave para poder estudiarla. Insistía en investigar de forma armoniosa con los pájaros y la naturaleza. Fue un método demandante de paciencia, sin resultados rápidos. No obstante, como decía el mismo don Alexander: “la recompensa a mi paciencia era la íntima familiaridad con las aves que había identificado, especialmente con aquellas que fui capaz de estudiar por muchas horas en sus nidos” (Abarca 2004, 67).

Para don Alexander, lo vital era la “íntima familiaridad con las aves”, fuera o no el objetivo de la ciencia ornitológica; no había otra razón para estudiar a los pájaros. El punto no es sólo comprender los aspectos “externos”, observables empíricamente, sino, sobre todo, conocer el “interior” del ave y penetrar a su verdadero ser (esta idea demuestra la influencia neoplatónica

en el pensamiento de don Alexander).

Aunque no he desaprovechado ninguna oportunidad para estudiar hechos acerca de las aves y otras criaturas vivas, a fin de averiguar el patrón total de su vida con todos sus detalles, tal información, tan satisfactoria como puede ser, es a lo más lo superficial y no lo que yo más deseo alcanzar. Lo que realmente necesitamos para nuestra iluminación y guía es lo interior o vida psíquica de los seres de todo tipo que nos rodean. Tener esta perspicacia puede resolver algunos de los misterios de este tan desconcertante universo y acercarnos a la comprensión de sus fuentes secretas; esta realidad oculta es el centro de todo valor imaginable, de todo lo que, hasta donde puedo decirles, le da significado a la existencia del universo como un todo o a su más mínimo componente. Pero este es exactamente el aspecto de las cosas que está más oculto a nuestros ojos. Si usamos nuestros sentidos sin ayuda o nuestros más delicados y sensitivos instrumentos, veremos solamente el exterior de los objetos, vivos e inanimados, que nos rodean. Especulamos acerca de vida en marte o en otros planetas que giran alrededor de distantes estrellas, y todavía permanecemos hondamente ignorantes acerca de la vida interior—la única vida que realmente importa—de las criaturas que nos rodean en esta tierra.



Conocemos los fenómenos, no la naturaleza íntima de las cosas (Skutch 1992, 315).

Para conocer esta “naturaleza íntima”, metodológicamente el pájaro no debería ser un mero objeto de estudio, sino debería considerarse como amigo. El método científico exige la incorporación de “simpatía imaginativa” (Skutch 1992, 315) que nos permite tal acercamiento o “encuentros íntimos” (Skutch 1992, 315) con las aves y, por tanto, nuevos conocimientos. Aunque no están sujetos a su confirmación científica, no significa que tales conocimientos son falsos, sólo les falta su comprobación. Es otro tipo de conocimiento.

Alexander fue muy crítico de la ornitología que, en su opinión, abandonaba cada vez más el campo por el laboratorio. Criticaba los métodos cuantitativos de investigación y lamentaba que “la ornitología hoy se haya vuelto tan matemática”. Reconocía la importancia de la matemática y de los métodos cuantitativos, “pero no tanto como se usa en los artículos actualmente” (Hilje, Jiménez y Vargas 2002, 215). Para él, tal enfoque cuantitativo pierde de vista el objeto – “sujeto” – de la investigación científica, el pájaro mismo.

Además, la importancia de las pieles – pájaros muertos como especímenes para el estudio – no solamente levanta cuestiones éticas (si se debería matar), sino en realidad muestra que ellas son de utilidad limitada. Un pájaro

muerto no puede revelar “los secretos vitales de los pájaros que pasan sus días en la oscuridad de los bosques tropicales” (Skutch 1992, 126). La única forma de descubrir esos secretos es por medio “del fervor y la devoción para observar los pájaros vivos en su espacio nativo” (Skutch 1992, 126). En verdad, según don Alexander:

La gran tragedia de la biología es la dificultad para adquirir ciertos tipos de información acerca de los seres vivos sin dañarlos. Muy a menudo, para avanzar en los estudios de campos tales como fisiología, anatomía o taxonomía, el zoólogo debe mutilar, torturar o matar a los animales que profesa amar. Me alegra haber aprendido lo que sé de las aves sin lastimarlas (Skutch 1992, 293).

Para don Alexander, la ciencia misma, en especial la ornitología, corresponde a una vocación moral.

Como científico y amante de la belleza, me parece que la más valiosa causa en la cual pude comprometerme, y el más denodado esfuerzo al cual pude dedicar mi propia y particular donación, temperamento y entrenamiento, fue descubrir los secretos de la vida de las aves tropicales Americanas, y darlas a conocer a aquellos seguidores que son muy afortunados por interesarse en estos asuntos (Skutch 1992, 152).

Asimismo, comprender a las aves como

“criaturas vivas que respiran” podría reivindicar la muerte de tantos pájaros recolectados como pieles para la investigación. Además, estudiar las aves contribuiría a resolver el problema de los “valores perdidos y no actualizados”, que es el resultado de no tener a alguien que aprecie la belleza de las aves y las flores, y que, como consecuencia, deja incompleta e imperfecta la naturaleza misma.

Yo creí que estudiando la forma de vida de algunas de las más maravillosas criaturas emplumadas, que viven oscuramente en los bosques tropicales y en los matorrales, y comunicándoles a otros mis descubrimientos, yo podría en alguna pequeña medida adelantar la grande y gratificante tarea de llevar a buen término todos los valores que el mundo natural contiene potencialmente y que nos los ofrece para su cumplimiento (Skutch 1992, 153).

Este compromiso moral está enraizado en sus conclusiones filosóficas y religiosas.

Filósofo

Si don Alexander era científico, era igualmente filósofo y hombre profundamente religioso. Desde muy joven, buscaba el sentido y propósito de la vida y propuso bases éticas para orientarse. Su segundo libro, publicado dos años después del primer volumen de historias de la vida de las aves Centroamericanas, trataba sobre “lo divino”. Luego publicó cuatro libros

más, dedicados a los temas de la filosofía, la ética y la religión. Escribió unos 50 artículos sobre estos mismos temas. Además, otros libros y artículos suyos contienen profundas reflexiones filosóficas. Su trabajo científico y los métodos de estudio que eligió, fueron, en gran manera, influidos por sus compromisos filosóficos-religiosos.

Es evidente que la belleza de la naturaleza, la inmensidad del universo y el transcurso del tiempo evolutivo que produjo la existencia de toda criatura viviente impresionaron y aun conmovieron profundamente a Alexander. Fue esa sensación lo que le provocó decir:

Difícilmente podemos evitar la conclusión de que, agitándose en la fecunda profundidad del Universo, un impulso o desasosiego que apenas podemos concebir ha estado esforzándose por levantar al Ser a más altos niveles de conocimiento y valor. Careciendo de omnipotencia o previsión, este instinto actúa en el mundo viviente mediante los crudos métodos de la evolución orgánica, desatinando, tomando direcciones infructuosas, pero dirigiéndose siempre hacia arriba con un esfuerzo incesante (Skutch 1991, 286-287).

Aunque don Alexander rechazó la idea de un literal Dios creador y personal que guía el proceso evolutivo y nuestra vida personal, y tampoco se identificó con una religión,



tal “impulso o desasosiego” es nada menos que lo que la teología identifica como Dios, “el componente divino del Universo” o una “Energía Creativa”, según palabras de don Alexander, que hila el pensamiento filosófico-religioso. Lo percibía como una presencia divina inmanente en todo. “A esta inmanencia de deidad, esta presencia de Dios en el mundo, la llamamos ‘lo Divino’” (Skutch 1956, 47). Este “proceso creativo” está marcado por la “armonización”, manifestación por excelencia de lo Divino (Skutch 1956, 86-102).

[E]l universo está dominado por un movimiento que dispone sus componentes en patrones de creciente amplitud, complejidad y coherencia: el proceso cósmico de armonización. Mientras que del caos crea el orden, la armonización enriquece el cosmos con valores que surgen al descubierto sin contenido, existencia sin sentido para llenarla, existencia de significado oculto. Más notablemente, ha cubierto la Tierra con formas graciosas y colores brillantes, y ha equipado a ciertos animales para ver y disfrutar toda esta belleza. Nosotros estamos en deuda con este incansable proceso, el verdadero factor constructivo en la evolución de la vida, que hace que todo lo que vive sea precioso para nosotros. Esta es la fuente de nuestra naturaleza moral, la base de nuestra felicidad (Skutch 2004a, 285).

La armonización “es la fuerza motora de la evolución” (Skutch 2000, 32), “una energía o actividad” que impregna el mundo, y que “penetra el universo” (Skutch 2000, 16-17) y es la categoría central de la filosofía y la ética – y, en mucho sentido, el trabajo científico – de don Alexander.

La armonización, como la revelación de lo Divino (Skutch 1956, 100-103), da propósito cósmico a toda existencia (Skutch 1956, 123-127). La característica constitutiva de la armonización es la beneficencia; es decir, no solamente es buena, sino produce lo bueno (Skutch 1956, 74); no solamente produce organismos, sino “los impele a entrar en asociaciones armoniosas” (Skutch 1956, 75) y esto es bueno. La armonización penetra todo el Universo (Skutch 1956, 77, 101) y es tan perdurable “que puede influir el transcurso de la evolución cósmica” (Skutch 1956, 77). Además, la armonización es amor (Skutch 1956, 132) y simpatía (Skutch 1956, 177-178), belleza (Skutch 1956, 133), valor (Skutch 1956, 135) y crecimiento (Skutch 1956, 137) y es incorporada interiormente en cada persona (Skutch 1956, 160-179) y, en alguna manera, en toda criatura viviente. Así, don Alexander afirma que: “Todo el orden, la bondad y belleza que contiene el Universo; toda la amistad, el amor y la beneficencia de que nosotros mismos somos capaces, se los debemos al autor de la armonización” (Skutch 1956, 102).

Esto implica que no solamente los seres humanos experimentan una vida interior, sino que es probable que también la experimenten otros animales. Somos bien ignorantes de “la calidad psíquica o vida interior de las criaturas” que nos rodean (Skutch 1992, 316). “Los animales, las plantas y aun los minerales tienen un ser psicológico, no menos que un ser material, aspecto que es muy probable que sea dogmáticamente negado” (Skutch 2004b, 248). Además, “aun sospechar que la tierra sostiene a tantas criaturas que viven gozosamente nos da una enorme confianza en que el proceso mundial (del cual la evolución orgánica es una fase) no ha ido miserablemente extraviado y es un antídoto contra el pesimismo” (Skutch 1992, 316). La idea de armonización tiene implicaciones éticas, sobre todo en cuanto al respeto a toda la vida o la convivencia armónica con la naturaleza. Por esta razón, don Alexander orientaba su vida según el principio hindú de *ahimsa* o la no violencia y el respeto a la vida. Él apreciaba el valor intrínseco en cada forma de vida, especialmente en las aves. Su filosofía se acerca más al biocentrismo (que privilegia formas individuales de la vida) que al ecocentrismo (que da prioridad a especies y ecosistemas). Esto lo llevó a rechazar el matar animales, tanto para comérselos como para recolectarlos como especímenes para el estudio científico.

Para don Alexander fue muy problemática

la realidad de la depredación, “la mancha más horrible en el bello rostro de la naturaleza... un malogro trágico del proceso evolutivo” (Skutch 2001, 299-300). Para él, representa una distorsión de la evolución – armonización – misma, un “no debe ser” aunque real y “es indispensable para nuestra supervivencia como organismos, aunque con demasiada frecuencia se logra por medios que afligen a una conciencia alerta” (Skutch 2001, 180-181). Su existencia se debe a las tramas y trabas del proceso evolutivo mismo. Éticamente, entonces, tenemos que proteger de la depredación a las víctimas débiles y buscar formas de convivencia sin ella. Insistía como meta en lo que él llamaba “biocompatibilidad” que sería “la convivencia armoniosa de especies diversas” (Skutch 2001, 140; Skutch 2004a, 238; cp. Skutch 1998). Significa que el manejo de poblaciones silvestres daría preferencia a los animales que son compatibles y “excluiría la protección de algunos de los vertebrados depredadores” (Skutch 2004a, 245). En todo, debemos privilegiar la cooperación y la reciprocidad –“uno de los más admirables logros de la evolución, que contribuye inmensamente a la armonía y productividad de la naturaleza—” (Skutch 2004a, 239), contra el conflicto y la violencia de la depredación.

Además, de importancia especial es la belleza y su aprecio, tema al cual dedica un libro entero (Skutch 1992a). Alexander relaciona lo bello con lo bueno y lo verdadero. Belleza es



una meta de la armonización, pero se la pierde si no hay una criatura que la aprecie. Esta es la vocación moral específica de los seres humanos. Ninguna otra criatura tiene la capacidad apreciativa; por tanto, es la incumbencia del ser humano apreciar lo bello y así contribuir a la realización del propósito de la existencia misma. Esta es “lealtad cósmica”. Mediante la humanidad, el universo pueda apreciarse a sí mismo y así cumplir su propósito.

[La] belleza [de las flores] se debe contemplar, sufragancia debe ser inhalada por algún ser que la aprecie. De manera similar, la belleza de un pájaro debe disfrutarse, es una canción para ser escuchada con deleite; todos sus hábitos están para observarlos con interés, no solamente por sus compañeros emplumados, sino por nosotros mismos, que tal vez podemos apreciarlos más profundamente... El mundo donde la belleza, la bondad y cualquier otro valor se desperdician es un mundo incompleto, que está perdiendo algo necesario para su perfección. Y, ¿quién debería apreciar todas las cosas bellas y amables que este mundo contiene si no nosotros mismos? ¿Cuál de todos los animales parece estar más grandemente dotado de sentimiento estético y entendimiento? En verdad, se podría afirmar que nuestra función más importante en este planeta, nuestra *raison d'être*, es completar o cumplir el proceso del

mundo por agradecimiento y por el placer de apreciar todo lo bueno y adorable que él produce (Skutch 1992, 152-153).

Esto implica la responsabilidad moral de cuidar la naturaleza y todo lo bello porque “[e]l hombre [sic] es, en este planeta, el órgano con el que el universo aprecia e intenta entenderse a sí mismo... Así el hombre [sic], a medida que desarrolla sus poderes de apreciación, amor, entendimiento y gratitud, da significado a todo el vasto sistema al cual pertenece, y al hacer esto da significado y dignidad a su propia vida” (Skutch 2001, 433, 434). El propósito y vocación moral de los seres humanos es colaborar con la armonización y, mediante ella, el cosmos se perfecciona.

El aprecio verdadero produce la moderación porque sin limitación, la actividad humana destruye el objeto del aprecio: lo bello. Vivir esta virtud es una contribución muy grande a la vida misma porque se manifieste como la frugalidad. Evita el egoísmo y permite espacio para otras formas de vida y conserva lo bello.

Para Alexander, también las aves conllevan significado moral porque contribuyen en manera especial a la plenitud del cosmos. Primero es su belleza. Todo lo que es bello refleja la armonización y así contribuye con beneficencia. Además, los pájaros completan la naturaleza como “el toque final a cualquier

escena de los bosques” porque “[s]in pájaros, el más hermoso claro del bosque es como un escenario sin actores o una casa donde nunca se oye el bullicio de los niños” (Skutch 1992, 122). Sin los pájaros, la naturaleza está incompleta. Asimismo, son modelos morales porque saben cómo convivir con un mínimo de conflicto. Reflexionando sobre la diversidad de los pájaros que concurrieron al comedero que puso en el jardín de su casa, Alexander observó:

Esta concurrencia de aves brillantes no sólo deleita la vista; en la persona reflexiva, produce una satisfacción moral no menos placentera. Aquí se reúnen posiblemente cientos de pájaros de docenas de especies, libres, no regimentados y obedientes sólo a sus propios impulsos, asociándose, compartiendo la misma comida sobre la misma tabla angosta, casi sin riña... la impresión que surge de muchos años de observaciones es que entre ellas prevalece la amistad y la tolerancia (Skutch 2001, 212, 213).

Además, observar los pájaros y estudiarlos es una vocación moral porque nos ayuda a apreciar la complejidad, y sobre todo la belleza, del universo y nos liga a la naturaleza.

Para más y más personas, las aves constituyen el vínculo más fuerte con el mundo viviente de la naturaleza. Nos deleitan con su bello plumaje y sus melodiosos

cantos. En su búsqueda, las aves nos llevan a mejores parajes. Para encontrarlos y descubrir sus bien guardados secretos tenemos que esforzarnos muchísimo y vivir intensamente. En la medida en que apreciamos, entendamos y agradezcamos nuestra coexistencia con las aves, así lograremos el disfrute del duro trabajo que a través de los siglos resultara en la creación de ellas y de nosotros. Estoy convencido de que éste es el sublime significado de nuestra relación con las aves.

Asimismo, el estudio de las aves “puede ayudarnos a hacer nuestra propia vida más sana y más segura” (Skutch 1992, 317).

Conclusión: Importancia del pensamiento de A F Skutch

Alexander Skutch deja un formidable legado intelectual y moral. No solamente contribuyó con información y conocimientos ornitológicos, sino enseñó cómo hacer la ornitología dentro de un marco valorativo que nos pueda orientar. Nos recuerda que nada sustituye la larga y meticulosa observación de las aves mismas, que el campo es el espacio adecuado para conocer a las aves. De igual manera, propone que el conocer implica más que información empírica. El pájaro nunca es solamente un objeto que se puede manipular y sujetar para fines de estudio, sino es una criatura viviente, con intereses y experiencias vitales



que exigen su respeto. En este sentido, don Alexander reclama que todo el orden natural es, en verdad, vivo y que todas las criaturas, incluyendo los seres humanos, están, de alguna manera, emparentadas. Esta afirmación expande grandemente la “comunidad moral” de los seres que merecen trato ético o, quizás más en la línea de don Alexander, nuestro círculo de amigos y amigas. Nos recuerda, entonces, la importancia fundamental de una actitud de aprecio y agradecimiento. Por esta razón, la observación y estudio de las aves es más que un pasatiempo o ciencia; es una vocación moral. Mediante el disfrute y el estudio de los pájaros, se contribuye al incremento del valor del Universo.

Con o sin el deterioro ambiental, las ideas de don Alexander nos llaman a asumir nuestra responsabilidad por el bienestar de los pájaros y todo el medio natural. Como a él, su destrucción debería afligirnos. Una vez más, sus palabras a sus 90 años nos desafían: “En el atardecer de la vida me angustia pensar que la humanidad como un todo carece de la generosidad para compartir un planeta excepcional favorecido con las más compatibles de las criaturas libres que nos rodean. La Tierra no se convirtió en un lugar habitable para el beneficio de una sola especie” (Skutch 2011, 75). La clave es la generosidad: en fin, la capacidad de compartir. Quizás éste es el anhelo más importante que nos deja don Alexander.

Agradecimientos

Al Centro Científico Tropical por compartir documentos y fotografías de Skutch. A Otto Minera por la revisión del texto y por las traducciones al español de las palabras de Skutch.

Referencias

- Abarca Jiménez, C. 2004. *Alexander Skutch: la voz de la naturaleza*. Santo Domingo de Heredia y San José: INBio y CCT.
- Hilje, L., W. Jiménez y E. Vargas. 2002. *Los viejos y los árboles*. Santo Domingo de Heredia y San José: INBio y Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Sánchez, J. y L. Chaves. 2011. “El ornitólogo.” En: R. H. May, ed. 2011. *Alexander F. Skutch, ornitólogo, naturalista, filósofo*. San José: AOCR.
- Skutch, A.F. 1956. *The Quest of the Divine. An inquiry into the source and goal of morality and religion*. Boston: Meador Publishing Company.
- _____. 1985. “Clutch size, nesting success, and predation on nests of Neotropical birds.” En: P.A. Buckley, M. S. Foster, E. S. Morton, R. S. Ridgely y F. G. Buckley, eds., 1985. *Neotropical Ornithology*. Ornithological Monographs 36. Washington, D.C.: American Ornithologists’ Union.
- _____. 1991. *El ascenso de la vida*.

Traducción Raúl Elvir. San José: Editorial Costa Rica.

_____. 1992 [1979]. *The imperative Call. A naturalist's quest in temperate and tropical America*. Gainesville: University Press of Florida.

_____. 1992a. *Origins of Nature's Beauty*. Austin: University of Texas Press.

_____. 1998. "Biocompatibility: a criterion for conservation". *Biología Tropical* 46 (3):481-486. Disponible en: http://www.scielo.sa.cr/scielo.php?pid=S0034-77441998000300001&script=sci_arttext

_____. 2000. *Fundamentos morales. Una introducción a la ética*. Traducción de Víctor Alba de la Vega. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Volumen

extraordinario 38/95-96 (julio/diciembre).

_____. 2001. *Un naturalista en Costa Rica*. Santo Domingo de Heredia y San José: INBio y CCT.

_____. 2004a [2000]. "Selection from *Harmony and conflict in the living world*." En: H. Lewis, ed. 2004. *Alexander Skutch: an appreciation*. Mount Jackson, Virginia: Axios Press.

_____. 2004b [1983]. "Selection from *Nature through tropical windows*." En: H. Lewis, ed. 2004. *Alexander Skutch: an appreciation*. Mount Jackson, Virginia: Axios Press.

_____. 2011 [1995]. "Las aves que amo." En: R. H. May, ed. 2011. *Alexander F. Skutch, ornitólogo, naturalista, filósofo*. San José: AOCR.